

ANDRÉS ISAAC SANTANA

EL TROYANO

Ensayo y escrituras confesionales

ADVANA VIEJA

El troyano. Ensayo y escrituras confesionales

© Andrés Isaac Santana

© Reservados todos los derechos a favor de:
Aduana Vieja Editorial; Valencia, 2013.

Primera edición: Noviembre de 2013.
ISBN: 978-84-96846-91-3

© Fotografía de portada: Andrés Isaac Santana

ADUANA VIEJA EDITORIAL
Grupo Publiberia

Apartado de Correos 380
46080, Valencia
España

www.aduanavieja.com
aduanavieja@publiberia.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
incluido el escaneo a soporte digital, así como la indexación temática
del texto mediante sistemas de reconocimiento óptico de caracteres
para su uso en redes informáticas o bases de datos, públicas o privadas,
salvo autorización por escrito de la editorial.

Impreso en España por Publiberia.
Printed in Spain by Publiberia.

PRÓLOGO

El hombre replicado y el volumen circular

Joaquín Badajoz

El autor me pide que evoque la bestia parda de la escritura, esa que se le aparece a camioneros y escritores noctámbulos tras el agotado tránsito insomne: el parpadeo y el accidente. Todo género, como advirtiera Borges, vive en una delicada y continua infracción de sus reglas. Poner en movimiento las tres ruedas de Juan de Mena es como echar a andar la máquina del pensamiento de Ramón Llull: otro rudimentario equívoco. Podría comenzar diciendo que la novedad de estos ensayos epistolares radica precisamente en su falta de novedad, su delicada intemporalidad y su reivindicación de una antigua práctica, que en la sociedad de la retribución instantánea -y su apoteosis textual: los *instant messages*-, ha quedado como un recurso de la nostalgia más roñosa y antigua. Usamos cartas, dentro incluso de la ficción fragmentaria, para crear la ilusión de un pasado. Andrés Isaac Santana, en cambio, abre el debate desde un presente en movimiento hacia un futuro crítico.

Su obra es una cabeza de hidra de la “intelectualidad errante”: presupone un grupo de destinatarios cómplices y una distancia contextual. Encerrados todos en una suerte de confesionario múltiple circular -este volumen cuyos textos fragmentados y a veces

caóticos, arrastrados por el flujo de la consciencia, se muerden la cola-, asistirán a un juego de transferencia de roles, un *bulk mail* en el que serán protagonistas-lectores a los que se les está permitido violar correos ajenos, escuchar confesiones por un altavoz, seguir el hilo de una conversación íntima -un privilegio que compartirán, eso lo descubrirán más tarde, con una infinidad de lectores-. Aún cuando estas cartas parezcan más escritas a sí mismo, y sospecho que algunos destinatarios las recibirán ahora, en forma de libro, por primera vez, los diálogos marcados constituirán hipertextos, puertas traseras de una obra abierta, que no concluye en la carta misma, ni en el libro, sino que se prolonga en la ficción inenarrada que aporta de forma exógena cada uno de sus destinatarios. El hecho, en cualquier caso -al margen de las identidades, que podrían perfectamente ser ficticias, aún cuando no lo son, y que no son nada definitorias a la hora de entender estos ensayos-, es que esa escritura vertiginosa enfatiza que hay algo importante que “contar” desde alguna esquina del mundo -llamémosla Madrid, por ponerle un nombre, y porque el arte y el contexto cultural madrileño y español pasarán por este trapiche-; y que ese testimonio -con la credibilidad literaria que implica la escritura homodiegética, la subjetividad yoica y el color autobiográfico- se permitirá veleidades del espíritu, escandalosas reflexiones, exageración, catarsis, juicios que nada tienen que ver con lo políticamente correcto. En esta época volcada a una reingeniería social -desde la familia monogénica hasta la reproducción clónica y el intercambio virtual-, en la que los límites del espacio público y privado se difuminan por obra de la tecnología, el espectáculo y el morbo, quizás la crítica de arte pase mejor de contrabando camuflada dentro de este ejercicio confesional.

Debería además añadir que, a pesar de la asepsia alcanzada por cierto ensayo académico contemporáneo, es casi redundante hablar de ensayo confesional ya que este género ha sido por antonomasia el reino de la escritura más personal y las acrobacias estéticas y teóricas más extremas, ya sea formal (crítico y didáctico) o familiar (subjetivo y lúdico), como los definiera Bacon: siempre reflejan la personalidad del escritor. Conocemos más de

la vida de Montaigne por sus *Ensayos*, que por sus biógrafos. Y no solo lo que podemos escudriñar entre líneas, sino sus gustos, hábitos, lecturas, alergias. Como advierte en el prólogo de su obra Montaigne -y cabría similar afirmación también para *El troyano*-, el autor es la materia de la que está construido su libro. Si en algunos casos puede existir distanciamiento emocional a la hora de reflexionar sobre un tema, nunca es posible evitar el sesgo de autoría, meter mano en el cajón de sastre de lecturas formativas, dialogar con referentes circunstanciales y hasta íntimos. Así que, por muy caprichoso que parezca este nuevo libro de Andrés Isaac Santana, lo cierto es que nos asomamos al retorno de una práctica, en su sentido metodológico, clásica y antigua.

El resultado es este libro de género, reciclado y poseído rotundamente, en la era de los laconismos mediáticos y los 140 caracteres. Una escritura que simplemente no podremos tuitear. La literatura ha dado joyas extraordinarias de pensamiento en el terreno epistolar, tan venido a menos por estos días. Intercambios más productivos que muchos enjundiosos tratados. Al margen de otros logros teóricos y conceptuales de *El troyano*, quisiera destacar el alcance de estos textos, su elegante escritura, su fluidez de ideas, la comodidad con que desarrolla, padece, domina, esa bestia de la conversación íntima y su reverso, el debate público, como ejercicio de autoridad. Un resultado difícil, pero no imposible. Ahí tenemos las cartas de Rilke, las de Marx, cosmovisiones y teorías contadas como coser y cantar. Recuerdo haber disfrutado simultanear la farragosa correspondencia de Marx, en la que lanzaba y acorralaba ideas en medio de divagaciones triviales, mientras me aburría la ordenada lectura de *Das Kapital*. La primera recuerda la aleatoria lectura ensueño a que aludía Schopenhauer, que a menudo disfrutamos más. Quizás sea buena recomendación para el lector compartir *El troyano*, como un caballo de Troya de la escritura, como un saludable virus crítico, con otras lecturas más ambiciosas del propio autor.

Por otro lado habría que advertir que fue la carta en el principio el centro de todo hipertexto, el numen de todo ensayar. Como archi-género, en el que confluyen los sucesivos juegos de multiplicación

ontológica: una ficción interpretativa sobre otra realidad sugestiva, ya he dicho que el ensayista históricamente ha elegido espacios confesionales. Y ninguno lo es más que el género epistolar. Ya sea que consideremos el origen del ensayo en los diálogos platónicos, las epístolas bíblicas, las memorias o las meditaciones éticas y religiosas, o aceptemos las *Epístolas morales a Lucilo*, de Séneca, como génesis del ensayo moderno, al ensayar sobre un tema se produce todo un despliegue halájico, similar a saltar en zigzag sobre los postes de un muelle en ruinas. Con cita o sin ella, todo ensayo es hipertexto, diálogo seminal con un pensamiento y un dogma anterior. Pero no con la totalidad, ese fragmento de un Todo infinito, sino con la destrucción, los restos. No nos engañemos, toda idea nueva cita, por elemental concatenación universal, convirtiendo al ensayista -llamémoslo Andrés Isaac Santana, en este caso- en una granada antipersonal. Habría que aceptar, en primer lugar, esa verdad de Perogrullo: todo autor está armado de sus malas lecturas, de su digestión bibliófila, de una sabiduría que le antecede. Pero también debe de mostrar independencia de criterio, visión propia, algo de lo que a menudo carecen los ensayos más académicos que parecen una suma o pastiche de ideas a medio cocinar apuntaladas por un rosario de citas totalmente prescindibles. Es imposible ensayar desde la falta de autoridad y de criterio: la novedad en la literatura, como en el arte, no está en las plataformas, la parafernalia, sino en la visión personal interpretativa y especulativa. Por eso el autor explica el uso de citas, esas “prótesis corporales que dispensa el discurso ajeno”, lanzadas sin referencia, en total y aleatoria poligamia, “en pulseo por la conquista del texto del otro”, con una afirmación que impondrá el ritmo y el concepto de este libro: “Deliberada y oportunamente he elegido un grupo de textos y de autores, de cuyas prefiguraciones estilísticas o conceptuales se ha dicho que son el objeto de lo fatal, de lo especulativo sin medida y de la interpretación sin término”. Quiero pensar que también los destinatarios de sus epístolas, esos Lucilos o Elpidios, entre los que me encuentro, fueron escogidos con ese mismo rasero, esa misma vara de agrimensura: criaturas sensibles que no temen

abandonarse a la curiosidad ni dejarse deslumbrar por la meditación y la palabra (des)organizada, seres que creemos que la crítica y el pensamiento son también una ficción estética, una esfera autónoma de la creación. De esta manera también hará blanco como un troyano, persuadiendo a cierto lector que gusta de la seducción inteligente, de “cierta extrañeza que nunca acabamos de asimilar”, a descargarlo en su disco duro, a instalarlo en su biblioteca, pero sobre todo a reflexionar sobre sus provocadoras tesis.